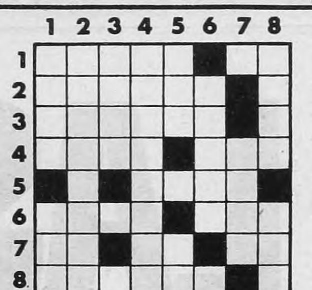
Con censura 37

Las palabras que corresponden a las definiciones se introducen normalmente en el cuadro, salvo por un pequeño detalle: hay una letra, siempre la misma, que debe saltearse cada vez que aparece. Ejemplo: si la letra censurada fuera la R, una palabra como PERRERA entraría en el cuadro como PEEA.



HORIZONTALES

1. Provincia del noroeste argentino. / Exclamación de pena o sorpresa.
2. Rifa legalmente autorizada.
3. Lodoso, lleno de barro.
4. Piernas largas de las aves. / Relativo a la navegación.
5. Labores, trabajos.
6. Ardid. / Situada.
7. Símbolo químico del cobalto. / Onda en la superficie del agua. / Manosear, deslucir.
8. Preposición que expresa término o fin. / Igualdad de nivel en la superficie de las cosas.

VERTICALES

1. Especie de zapallo. / Clavo algo mayor que la tachuela común.
2. Obreros que trabajan con el torno.
3. Insistencia molesta en una pretensión o tema.
4. Instrumento para variar la resistencia en un circuito eléctrico.
5. Rostros. / Hogar.
6. Partículas cargadas eléctricamente.
7. Pieza cóncava y pequeña.
8. Diestro, apto. / Señalar la tara de una mercancía.

SOLUCION 36

Letra censurada: La C.
Horizontales: 1) Crítico / Re. 2) Icelo / Caer. 3) Mn. / Néctar. 4) Eolo. / Cela. 5) Citar. 6) Cochino. 7) Cúrale / Con. 8) Nadases.
Verticales: 1) Crimen / Un. 2) Cieno / Orca. 3) Tl / Luchad. 4) Icono / Cicla. 5) Cines. 6) Cateto. 7) Recala / Os. 8) Cerrarán.

Hasta el próximo verano

Verano/12

Sueños de verano

PENAL

Para Héctor Montesanto

(Por Eduardo Mignona) A los cuarenta y cuatro minutos del segundo tiempo Maradona tiene a sus pies el partido. El referí cuenta con apatía los doce pasos reglamentarios y a partir de ese momento la Bombonera cae en una alarma inevitable. Ceden los festejos, los desaires. Sólo la corrida de los fotógrafos, amontonándose detrás del arco, desvía la atención de las hinchadas.

Desde el lugar en donde está, Maradona puede ver con precisión el laberinto de las tribunas: las plateas, el sector de socios, la popular dividida por distintos silencios. Puede adivinar el desasosiego del arquero, midiendo la distancia que los separa, en tanto se restrega las manos enguantadas. Están frente a frente los dos, mirándose a escondidas y representando con diferencias la farsa de la serenidad. Y en medio de ellos, la pelota, sobre la marca de cal.

Mientras el referí va y viene, descreído de todos y tartajeando las últimas órdenes, un contrario se le acerca y opina patear a la zurda; otro lo provoca, burlón, otro zumba un insulto. Pero Maradona, número diez de Boca y de la selección, no escucha nada de lo que pasa en la cancha. Tal vez lo distrae alguna cara indolente entre los palcos o un vendedor de Coca que le da la espalda. Nada, excepto una portátil lejana lanzando su nombre le inquieta ahora. Porque Diego Maradona, con las manos en la cintura y la puntera del botín golpeando contra el césped, piensa en el cero a cero que está a punto de quebrar, en la carrera emocionada y victoriosa con el puño en alto mientras la mueca del gol le redondea los labios.

El referí se acerca a la pelota, la alza con presunción y la vuelve a colocar en la sentencia. Retrocede y mira a Diego y al arquero; se lleva el silbato a la boca. Silencio. Las dos hinchadas incansables tienen miedo.

Antes de escuchar la pitada y comenzar a correr para lanzar la pelota a la derecha del arquero, Maradona levanta los ojos y presiente la gloria, el alarde, la ciudad festejando con él en las ochavas, en los zaguanes, en los bares. Entonces da algunos pasos hacia atrás, mide el terreno y, lentamente, inicia el trote que acabará contra la pelota, para impulsarla allí, donde el diez de Boca tiene previsto para el uno a cero. Otro silencio, breve esta vez, que es el chispazo que separa a la mirada del grito, y el coloso de la barra se despierta. Ruge el estadio, como si una de las tribunas no se quedara callada. Y con el brazo en alto y el grito de gol partiendo de su pecho y su garganta, va a treparse a la alambrada para declarar su fiesta.

A su espaldas, intuye Maradona la carrera de sus compañeros y se vuelve para dejarse abrazar. Sin embargo, el primero en llegar junto a él no está dispuesto a compartir su gloria, y siente cómo la cara se le dobla por un bofetazo.

Delante de él, su madre, sudorosa después de atravesar el baldío desierto, le grita con rabia y tristeza:

—¡Dieguito… que tenés puestas las zapatillas nuevas!

LECTURAS

LAS AMALIAS



Sombra terrible de Catherine Necrasov, voy a evocarte —dijo La Química. Su cabellera colgaba del sillón *Recamier* hacia el piso como la de una muerta en el fanal de un perverso. Evocaciones de una Ofelia criolla cuya panza de Buda sobresale como un islote en el arroyo del suicidio. Cerró los ojos pero, como la mesa ratona donde apoyaba su bota militar no era de tres patas, nadie se presentó. Se hizo un gran silencio y La Química se puso a escucharlo. Tuvo hipo y se sonó. Todo al mismo tiempo, como si la sordera de los espíritus alentara la rebelión de los cuerpos.

¿Dónde estaba la temible agitadora de Miserere, la oradora espeluznante de los recitales populares, la fusiladora de último Nobel argentino, en fin, la querida pretenciosa del general proscripto? Las lágrimas corrieron por su cara en forma de coliflor. Se hundió en el sillón y se quedó así, aletargada, con la inflamación de un globo de Mongolfield y un Bloody Mary en la mano, traduciendo mentalmente: María La Roja, María La Asesina, María La Sangrienta. Pero aquello no era la sangre menstrual y el alcohol de caña que, decían, bebía la amazona Hipólita antes de salir a cabalgar por el Termodonte, sino un vodka argentino camuflado con etiqueta rusa y fileteada de cintas zarescas, más esa verdura de quinta de monja que se llama tomate. La Química interrogó el fondo del vaso donde un cubito de hielo se iba sumergiendo de a poco en la pulpa salpimentada que La Besadora hubiera querido sin vestigio de alcohol. Es decir: Falsa María Sangrienta Tomatada y Falsa María Alcohólica, falsa como su matriz de palo y el diamante que guarda en algún agujero de su boca sin dientes mientras ella, Bloody Mary, se apoya en el estaño de la taberna *La Última Oportunidad*.

¡Oh dreams! ¡Dreams! balbuceó La Química rascándose la cabeza rizada como un pubis. En cuclillas sobre esa pila de almohadones riojanos, achaparrada como una menina, decidió dejar la recordación de Catherine Necrasov, alias La Negra Sov, o Negrasón para otro momento y hablarse con el espíritu que sí había acudido al cuarto y lo vigilaba desde una foto coloreada y prendida en una puerta del aparador.

—Besadora Musidora... Monjita Calenturienta... de piel tan moteada como el huevo de un pavo... ¡Pedagogía Chancha!... ¡Putita Gramática!... ¡Maldita Novia de Dios!

La Química ha venido de pasar una noche entre los cocodrilos, noche que no juntó amada con amada, perra noche salpicada de equívocos y de acercamientos que duran lo que una media de nylon entre un paja brava, de diálogos de sordos como si alguien los hubiera sacado de libros diferentes —uno que discurriera sobre la evolución del hombre y otro sobre la psicología de la araña acuática—, para luego mezclarlos como un mazo de cartas. La nariz, derrumbada como un puente de madera podrido, le moqueó con un ruido de helado subiendo por una pajita. Volvió a hacer el desagote luego de remangarse como un cloaquero. Luego corrió el tintero de rodocrosita, la talla de Juan Moreira y el porongo forrado con badana que había en la mesa ratona —una araucaria recortada— y extendió sobre la tapa falsa la tajada de lapizlázuli, el cuchillo malayo y la cajita de naranjo en flor que constituían su Batería del Extasis. Sacó el tubo a medio llenar de lo que Amalia II llamaba profesionalmente la Coquera de Seguridad. Estaba ansiosa, en seco, se decía, aunque lo que iba a aspirar nada tenía que ver con la física de los líquidos. Mañana habría Teatro, es decir iban a soplarse a Beatriz Viterbo, la Madre de la Mística y a Catherine Necrasov, su querido compañón, de la Cárcel de Mujeres. Tenía miedo de morir o de ver morir. Abstinente desde hacía cuatro horas atrás había caído en una profunda depresión luego de una escena de la que había participado con armas desiguales. Sobria, se había vuelto opaca como el vidrio de una ventana de cocina. La Besadora, en cambio, accionada por un combustible accesible y legal —una cerveza Guiness salpicada con ginebra— había sostenido el crescendo de una oratoria demoledora, matizada por los ademanes tradicionales de la histérica de Charcot. La escena, hecha de largos silencios enconados, miradas de ojos de bambi, parlamentos simultáneos —los de La Química agudos e inaudibles, roncos y didácticos los de La Besadora— pase de lugares y trueque de figuras (La Rata Cruel, La Pedagoga de Lengua Chasqueante, La Eléctrica de Lascivia, La Amenazante Fuera de Sí, La Bañada en Mocos, La Trivial Titiritezca, La Loca de Amor). La escena, digo, parecía ser el fruto de un manojo de furias femeninas, de porteras acometidas por la hidrofobia, de patas bajo la mirada de un gato. Había volado un guante, de encaje blanco, se había quebrado alguna copa de cristal, se había chamuscado el fleco de un chal (esto a causa de la cocina de dos hornallas, embalable como un secretaire que el delirante diseño de las Casas-Corazón ubica en el dormitorio, en un lugar abordable desde la cama). Había, por fin, pasado algo.

La Química jaló, recibiendo la sacudida con el alivio, el abandono y la taquicardia de quien reposa la cabeza en un pecho fraterno luego de haber sido corrido por una vaca. Largando una carcajada vengativa entonó dos o tres versos de aquella canción de Zuzy Kwasaki que dice: "Ay, ay, ay, Bety Corazón, nosotras viejas Vietcong, ¿cómo fuimos a caer en un arenero?" —Corazón —repitió— ¿De quién será mi corazón?

No, no estaba deslizándose hacia la lírica amorosa. Todas las Amalias llevaban encima carnets ignífugos en donde estaba escrito que la portadora donaba todos sus órganos en caso de accidente. Moral aún futura.

—Besadora Musidora, siempre con ganas de ser monja. ¿Tocaste la almejita podrida y llena de jugos rancios de L'elue?

Porque la langostita poeta se había quedado a dormir en casa de Amalia 1, La Besadora, virago calentona y bastante ladina, dejando en las sábanas monjiles un olor a pachuli y goma de borrar que La Química aspiró con la mueca de Otelo, tan diferente de la que ha hecho ahora, mientras el polvillo blanco —Las Amalias dan un sentido utilitario a los paraísos artificiales— despejaba su mente y le envaraba el cuerpo. Para ella el dormir juntos sólo podía provenir del agotamiento de dos cadetes borrachos y pedorreicos que, sin tiempo para sacarse las botas, se ponen a roncar con la confianza casta de los amantes saciados a quienes las batallas de amor han empujado a una sencilla cura de a dos. Ella, educanda predilecta de los bohemios borrachones, la chica del bar, la "mi hermana es una santa" que, cuando ve a un grupo de albañiles disfrutando de un asado servido en un tablón se acercaría con gusto para decirles "Hermanos, vengo a estar con ustedes", no entiende la erótica cultivada por La Besadora y su ex mejor alumna.

Filósofa simplista, dominada por el karma genital, no sabría cómo llamar al toqueteo de las niñas bajo las sábanas, al engarce espontáneo de los cuerpecitos para dormir, al chiste de espantar un pedito abanicando las sábanas, a la irritación de los pezones luego de un beso mariposa, toda esa parafernalia de la contención, mientras los pubis se mueren de hambre. Los odia, sí, los odia.

Primero había encontrado la cartita bajo la puerta de Besadora: "Llamame cuando Ella no esté" que hizo experimentar a La Química la experiencia de su propia desaparición. Y eso le dio congoja y no euforia como se prometía en sus fantasías de golosa por el suicidio. Además, el "Ella" mayúsculo sólo puede provenir de quien tiene la seguridad de los dones otorgados, pensó. Si ¿pero cuáles? Dudaba ¿El frotage lento y un poco como a la deriva de un monte de venus con otro? ¿La mutua y simultánea succión de las vulvitas untosas? ¿O el beso de la cintura para arriba que los manuales llaman "caricias preliminares", límite del novio en el zaguán y que tal vez la sombra moral de La Química —su retrato al borde de la cama de Besadora— haya convertido en Gran Final?

La Besadora dice que, en fin, La Química no entiende, que la matriz del macho ha cuadriculado su mente de celosa delirante; que como química adhiere a la jerarquía de lo sólido sobre lo líquido; de lo visual y visible al microscopio sobre lo táctil, lo olfativo, lo improbable, lo que se desliza más allá de las formas; la mecánica de los fluidos donde ya no hay quien es quien. Dice, en síntesis, que el Eros de La Química es un palurdo, un porquerizo que nunca llegará a principe.

Y La Química no se atreve a replicar con la palabra "Histeria" para no tirarse encima a todas las organizaciones de Amalias, a las Abejas Proletarias, las Siervas de Sí, las Madres de la Mística o las de Línea Bobo.

Lo cierto es que Lilibelle, fue Lulú, para ser luego Elu que suena —dedujo La Química— como l'elue. La elegida. Y esa "u" que el francés cierra sobre su boquita en el teatro de su mente, le provocó un vuelco en el corazón.

Ahora iba a recordar lo que quería, ahora iba a recordar como quería.

—En síntesis —había dicho sorbiendo en las comas, ya entonces, un trago de Bloody Mary falsificado— el paidófilo hembra se ha trincado a la pequeña novicia, a la monitora flujienta, a la eterna sobadora de la

LAS AMALIAS



Por María Moreno

Tal vez a falta de un lugar mejor, María Moreno hizo siempre literatura en el periodismo. Este, en cambio, es el fragmento de una novela que la autora viene escribiendo desde hace más de un año. Como todo lo que es incompleto, puede remitir a lugares que no están, pero alcanza para ver otros.

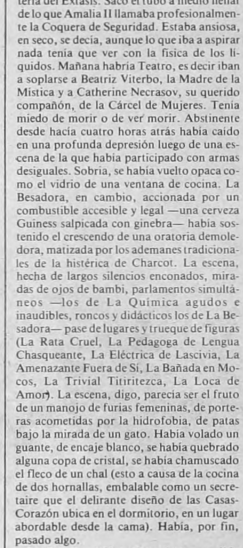
Sombra terrible de Catherine Necrasov, voy a evocarte —dijo La Química. Su cabellera colgaba del sillón *Recamier* hacia el piso como la de una muerta en el fanal de un perverso. Evocaciones de una Ofelia criolla cuya panza de Buda sobresale como un islote en el arroyo del suicidio. Cerró los ojos pero, como la mesa ratona donde apoyaba su bota militar no era de tres patas, nadie se presentó. Se hizo un gran silencio y La Química se puso a escucharlo. Tuvo hipo y se sonó. Todo al mismo tiempo, como si la sordera de los espíritus alentara la rebelión de los cuerpos.

¿Dónde estaba la temible agitadora de Miserere, la oradora espeluznante de los recitales populares, la fusiladora de último Nobel argentino, en fin, la querida pretenciosa del general proscripto? Las lágrimas corrieron por su cara en forma de coliflor. Se hundió en el sillón y se quedó así, aletargada, con la inflamación de un globo de Mongolfield y un Bloody Mary en la mano, traduciendo mentalmente: María La Roja, María La Asesina, María La Sangrienta. Pero aquello no era la sangre menstrual y el alcohol de caña que, decían, bebía la amazona Hipólita antes de salir a cabalgar por el Termodonte, sino un vodka argentino camuflado con etiqueta rusa y fileteada de cintas zarescas, más esa verdura de quinta de monja que se llama tomate. La Química interrogó el fondo del vaso donde un cubito de hielo se iba sumergiendo de a poco en la pulpa salpimentada que La Besadora hubiera querido sin vestigio de alcohol. Es decir: Falsa María Sangrienta Tomatada y Falsa María Alcohólica, falsa como su matriz de palo y el diamante que guarda en algún agujero de su boca sin dientes mientras ella, Bloody Mary, se apoya en el estaño de la taberna *La Última Oportunidad*.

¡Oh dreams! ¡Dreams! balbuceó La Química rascándose la cabeza rizada como un pubis. En cuclillas sobre esa pila de almohadones riojanos, achaparrada como una menina, decidió dejar la recordación de Catherine Necrasov, alias La Negra Sov, o Negrasón para otro momento y hablarse con el espíritu que sí había acudido al cuarto y lo vigilaba desde una foto coloreada y prendida en una puerta del aparador.

—Besadora Musidora... Monjita Calenturienta... de piel tan moteada como el huevo de un pavo... ¡Pedagogía Chancha!... ¡Putita Gramática!... ¡Maldita Novia de Dios!

La Química ha venido de pasar una noche entre los cocodrilos, noche que no juntó amada con amada, perra noche salpicada de equívocos y de acercamientos que duran lo que una media de nylon entre un paja brava, de diálogos de sordos como si alguien los hubiera sacado de libros diferentes —uno que discurriera sobre la evolución del hombre y otro sobre la psicología de la araña acuática—, para luego mezclarlos como un mazo de cartas. La nariz, derrumbada como un puente de madera podrido, le moqueó con un ruido de helado subiendo por una pajita. Volvió a hacer el desagote luego de remangarse como un cloaquero. Luego corrió el tintero de rodocrosita, la talla de Juan Moreira y el porongo forrado con badana que había en la mesa ratona —una araucaria recortada— y extendió sobre la tapa falsa la tajada de lapizlázuli, el cuchillo malayo y la cajita de naranjo en flor que constituían su Batería del Extasis. Sacó el tubo a medio llenar de lo que Amalia II llamaba profesionalmente la Coquera de Seguridad. Estaba ansiosa, en seco, se decía, aunque lo que iba a aspirar nada tenía que ver con la física de los líquidos. Mañana habría Teatro, es decir iban a soplarse a Beatriz Viterbo, la Madre de la Mística y a Catherine Necrasov, su querido compañón, de la Cárcel de Mujeres. Tenía miedo de morir o de ver morir. Abstinente desde hacía cuatro horas atrás había caído en una profunda depresión luego de una escena de la que había participado con armas desiguales. Sobria, se había vuelto opaca como el vidrio de una ventana de cocina. La Besadora, en cambio, accionada por un combustible accesible y legal —una cerveza Guiness salpicada con ginebra— había sostenido el crescendo de una oratoria demoledora, matizada por los ademanes tradicionales de la histérica de Charcot. La escena, hecha de largos silencios enconados, miradas de ojos de bambi, parlamentos simultáneos —los de La Química agudos e inaudibles, roncos y didácticos los de La Besadora— pase de lugares y trueque de figuras (La Rata Cruel, La Pedagoga de Lengua Chasqueante, La Eléctrica de Lascivia, La Amenazante Fuera de Sí, La Bañada en Mocos, La Trivial Titiritezca, La Loca de Amor). La escena, digo, parecía ser el fruto de un manojo de furias femeninas, de porteras acometidas por la hidrofobia, de patas bajo la mirada de un gato. Había volado un guante, de encaje blanco, se había quebrado alguna copa de cristal, se había chamuscado el fleco de un chal (esto a causa de la cocina de dos hornallas, embalable como un secretaire que el delirante diseño de las Casas-Corazón ubica en el dormitorio, en un lugar abordable desde la cama). Había, por fin, pasado algo.



La Química jaló, recibiendo la sacudida con el alivio, el abandono y la taquicardia de quien reposa la cabeza en un pecho fraterno luego de haber sido corrido por una vaca. Largando una carcajada vengativa entonó dos o tres versos de aquella canción de Zuzy Kwasaki que dice: "Ay, ay, ay, Bety Corazón, nosotras viejas Vietcong, ¿cómo fuimos a caer en un arenero?" —Corazón —repitió— ¿De quién será mi corazón?

No, no estaba deslizándose hacia la lírica amorosa. Todas las Amalias llevaban encima carnets ignífugos en donde estaba escrito que la portadora donaba todos sus órganos en caso de accidente. Moral aún futura.

—Besadora Musidora, siempre con ganas de ser monja. ¿Tocaste la almejita podrida y llena de jugos rancios de L'elue?

Porque la langostita poeta se había quedado a dormir en casa de Amalia I, La Besadora, virago calentona y bastante ladina, dejando en las sábanas monjiles un olor a pachuli y goma de borrar que La Química aspiró con la mueca de Otelo, tan diferente de la que ha hecho ahora, mientras el polvillo blanco —Las Amalias dan un sentido utilitario a los paraísos artificiales— despejaba su mente y le envaraba el cuerpo. Para ella el dormir juntos sólo podía provenir del agotamiento de dos cadetes borrachos y pedorreicos que, sin tiempo para sacarse las botas, se ponen a roncar con la confianza casta de los amantes saciados a quienes las batallas de amor han empujado a una sencilla cura de a dos. Ella, educanda predilecta de los bohemios borrachones, la chica del bar, la "mi hermana es una santa" que, cuando ve a un grupo de albañiles disfrutando de un asado servido en un tablón se acercaría con gusto para decirles "Hermanos, vengo a estar con ustedes", no entiende la erótica cultivada por La Besadora y su ex mejor alumna.

Filósofa simplista, dominada por el karma genital, no sabría cómo llamar al toqueteo de las niñas bajo las sábanas, al engarce espontáneo de los cuerpecitos para dormir, al chiste de espantar un pedito abanicando las sábanas, a la irritación de los pezones luego de un beso mariposa, toda esa parafernalia de la contención, mientras los pubis se mueren de hambre. Los odia, sí, los odia.

Primero había encontrado la cartita bajo la puerta de Besadora: "Llamame cuando Ella no esté" que hizo experimentar a La Química la experiencia de su propia desaparición. Y eso le dio congoja y no euforia como se prometía en sus fantasías de golosa por el suicidio. Además, el "Ella" mayúsculo sólo puede provenir de quien tiene la seguridad de los dones otorgados, pensó. Sí ¿pero cuáles? Dudaba ¿El frotage lento y un poco como a la deriva de un monte de venus con otro? ¿La mutua y simultánea succión de las vulvitas untosas? ¿O el beso de la cintura para arriba que los manuales llaman "caricias preliminares", límite del novio en el zaguán y que tal vez la sombra moral de La Química —su retrato al borde de la cama de Besadora— haya convertido en Gran Final?

La Besadora dice que, en fin, La Química no entiende, que la matriz del macho ha cuadriculado su mente de celosa delirante; que como química adhiere a la jerarquía de lo sólido sobre lo líquido; de lo visual y visible al microscopio sobre lo táctil, lo olfativo, lo improbable, lo que se desliza más allá de las formas; la mecánica de los fluidos donde ya no hay quien es quien. Dice, en síntesis, que el Eros de La Química es un palurdo, un porquerizo que nunca llegará a príncipe.

Y La Química no se atreve a replicar con la palabra "Histeria" para no tirarse encima a todas las organizaciones de Amalias, a las Abejas Proletarias, las Siervas de Sí, las Madres de la Mística o las de Línea Bobo.

Lo cierto es que Lilibelle, fue Lulú, para ser luego Elu que suena —dedujo La Química— como l'elue. La elegida. Y esa "u" que el francés cierra sobre su boquita en el teatro de su mente, le provocó un vuelco en el corazón.

Ahora iba a recordar lo que quería, ahora iba a recordar como quería.

—En síntesis —había dicho sorbiendo en las comas, ya entonces, un trago de Bloody Mary falsificado— el paidófilo hembra se ha trincado a la pequeña novicia, a la monitora flujienta, a la eterna sobadora de la primera fila. Y yo, cornus, cornupia, cornucopia, si me opongo, caigo en el banquillo de los acusados.

Pero escuchá, sí, bocaza, escuchá, no te adornés con los farolitos de la trasgresión. Vos que pedagogizás para meter los dedos, vos que elegiste el lado de acá de las niñas cerradas como botellitas de agua mineral, vos que enseñás el verbo Ser, ¿qué sos si no la soplona del Nombre del Padre? Sí, que se expresen, que discutan a viva voz, que se manden a asamblea, todo para espiar sus deseítos y empujarlos hacia vos con tu varita de libertina. Sí, ordenar sus ideítas para prolijamiento policial de sus futuros, administrar, meter en vereda sus chupadas, besuqueos, cogidas, restregadas, mordiscos, lamidas, gemidos, estrujadas, penetradas y mojaduras dirigiéndolos con la batuta de tus pezones erectos.

Al llegar a este punto La Besadora bajó unos párpados pascuales y se sintió una misera muda.

—Pero ¡huay! —continuó La Química— ¡huay! si alguna alarga la mano desesperada del amante incontinente, que aún no encuentra las palabras para decirlo. Pobre del imprudente, del mártir encandilado por alguien (vos) que habla adelante y en lo alto —el púlpito, la tarima, el escritorio— mientras él permanece sentado. ¡Huay!, dije, porque entonces pegarías un respingo de Pilatos y te escudarías en el tabú del incesto, escondiéndote del lado de la Ley, orgullosa puesto que se trata de un renunciamiento que te honra. Respeto al claustro, sí, incluso al bolillero. Miedo a la Institución, sí, y a papá ¡Honrados pederastas y sus versiones hembra!, hacedme caso: ¡Esperad la graduación! ¡La fruta madura es más jugosa!

Había eructado La Química mientras se paseaba militarmente y con la mano sostenida sobre el estómago por el botón abrochado de su chaqueta, como Napoleón.

La Besadora, mientras tanto, espiaba el escritorio donde estaba sentada su amiga y ocultaba sobre la mesa los libros que ella se dedicaba a variar y a plagiar.

—¿Edipo? Desear a La Madre y matar al Padre. Cuándo terminará esta fábula socialdemócrata. Escuchame ¿cuándo terminará? El Padre ¡Qué chasco! El Gran Papá, ese viejo marica empeñado en concurrir a un concurso de acertijos. Porque, ché ¿me seguís? lo que el viejo Sófocles no dice es que Layo es puto.

La Química hacía restallar la palabra como si fuera un beso. —Acordate, un puto que le enseñó el arte de los... ¿cómo se llama? los aurigas, sí, los aurigas, al niñito Crisipo ¡Ah, si lo estoy viendo!: Las manazas sobre las manitas, las ruedas del carro, esas alcahuetas, echando putas y los caballos con el aliento menos caliente que el del Maestro, que tiene las mejillas teñidas con albayalde como una loca de baño público. El rapto. El carro. ¿Será de ahí que a los putos se les dice carrozas?

¡Pobre viejo temblón con el borde de la túnica lleno de salivazos y de papelitos que contienen mensajes innobles! Moraleja. Nada de desear a la Madre y matar al Padre. Lo que la fábula dice es que el pecado original consiste en que El Maestro es puto. Acordate de mayo francés. La educación corrompe a los niños.

La Besadora se había sentado en el borde de su camita luego de excavar con la mano en la colcha para enderezar la línea marcada por el borde de la almohada. Su bigotito rubio brillaba a la luz del quinqué. Luego, ya desvestida, se cubriría hasta el cuello con la sábana. Pronto respiraría acompasadamente, exudando ese olor a leche y sudor agrio de los niños pequeños, moviendo las narinas y alargando su boca zulú hasta hacerla sobrepasar el límite de su nariz.

Pero La Química siguió con la filípica.

—Menos mal, queridos Emilios y Tamborcillos, Alicias y Dominguitos, menos mal que entre la Escuela y la Casa está el Bosque. Menos mal que está el violador, el saltimbanqui, el ladrón de cuerpitos frescos. Besadora, mirame, mirame. Yo soy el lobo sudado y peludo. El que te desvió de tu caminito y la alternativa idiota de llevar leche de la madre a la abuela ¡Oh, pobre caperucita y esa estúpica metáfora de la sucesión familiar que ellos llaman *tu misión*! ¿Te gustaron mis monitos bailarines, mis perros que saben contar y mi pollera dentada con cascabeles? ¿Te gustó mi cama de clavos? Acordate, mi Loreley, yo te enseñé a buscarme entre las tetas aceitadas la pata de un conejo. A ver diamantes en las paredes de la salamanca y a bailar con el sapo cabrón, doblada como una epiléptica. En el bosque lleno de ruidos amenazadores y en la noche llena de aguijones y de jadeos sexuales. ¡Cómo bailabas mi reina, engrillada y con las manos como la niña enamorada de la cacatúa verde!

Y si lo hacías bien, te hacía el amor, trabajándote con mis dedos aunque a lo lejos ya viera las antorchas de los hombres que venían a buscarnos. Yo era el barón Von Trap, era el amante de Tamara de Lempika a quien ella castigó pintando su retrato y dejando sin pintar la mano izquierda. Sí, la del corazón. Yo era Pierrot y era Gabriel D'Annunzio. Era...

La Besadora dormía, su pecho subía y bajaba con el ritmo plácido de los culpables acostumbrados a hacer la vista gorda. La Química se acercó y levantó bruscamente las sábanas, encontrándose con el cuerpo desnudo que tenía los dedos de la mano entrelazados en los pelos del pubis.

Y dejó de recordar.

—Ay, ay ay, Bety Corazón —cantó poniendo el polvillo blanco sobre la tajada de lapizlázuli para peinarlo con una hojita de afeitar. Colocó un dólar en la coquera, pero se abstuvo de mirar el depósito. No era ninguna agarrada del codo. Dos o tres aspiraciones y se lavó con gotas nasales. De todos modos el resfrío falso continuaba. Se cubrió la cara con un chal amaliesco fabricado con piolines viejos. Y, con la maleabilidad del cuerpo lumpen para la ropa regalada entró en el impermeable de Catherine Necrasov. Salió a la calle. Pasos rápidos, noche fría, paciencia, culo y pasión como dijo el poeta. Llegó a la dársena, que a esta hora tenía aspecto de kermesse pobre. Los puestos de metal con persianas de secretaire todavía estaban abiertos. Allí se despachaba a todo tren limonada, algodón en copos y chorizos caseros que la gente asaba sobre unos elásticos de colchón con unos pinches finísimos de caña tacuara que traía el río. Cerca de los puestos unos niños hacían fogatas. Las avivaban con páginas de libros que arrojaban sin mirar, en bollos prolijos.

En uno de los árboles había colgado un espejo y algunas páginas, sujetas con tachuelas. Uno de los niños tiznaba a los que alimentaban el fuego, imitando las letras, hasta cubrir totalmente los rostros. Tenían la frente despejada por piolines o cordones de zapatos, algunos, también con el culo al aire, estaban descalzos. Pero la mayoría respetaba la moda de ese año: los trozos de neumático atados con sogas a los pies, las sábanas cortadas en forma de poncho y fajadas en la cintura con una tira de la misma tela, los mandalas de aerosol cubriendo el pecho y el cinturón.



Sobre el pasto de la plaza los viejos recibían acostados el humo de los asados y el viento del río. Ellos no se plegaban a las vestimentas livianas de las hordas de niños, muchos conservaban aún el uniforme del Asilo Memorial, aunque hecho jirones.

Dormían, hacían el amor entre ellos o con las niñas que tomaban sol desnudas con flores de jacarandá trenzadas sobre las cabezas o entre los labios inferiores, de acuerdo a un código secreto que desconocían los varones de su edad, pero no los viejos. De vez en cuando una cuadrilla de niños se acercaba a la plaza y dejaba sobre uno de los bancos dos o tres neumáticos cortados en dos y llenos de una bebida dulzona que fabricaban con pétalos de ceibo y vino picado.

La caminata de La Química proyectaba una antigua sombra de emigrado unitario.

El río tenía un olor de esencias artificiales donde era imposible reconocer el lodo que le valiera el nombre de "río color de león". Desde la purificación de las aguas, realizada en 1999 y cuyo fin había sido levantar el sitio que la podredumbre hiciera a la ciudad dejando clausurado el balneario y seca la pérgola que se deslizaba sobre la frente de Luis Viale, se había vuelto plano como un lago y, de no ser por el avance de la zona ecológica con su caterva de animales chillones, podía escucharse a dos pasos de él, el ruido de unos remos o el motor silencioso de un yot.

Quienes han paseado como La Química por esa tierra de mugrienta molicie, seguramente han visto como ella las máscaras de papel de diario que los escaladores de árboles fabrican cada año para el día del niño y suelen colgar de los cordeles tirados de rama a rama para simular durante la noche, con sus ojos agujereados, un cielo artificial. Quienes se han deslizado por estos parajes para huir de los tribunales comunales o de las asociaciones de vecinos, de los ejércitos de jefes de familia, se llevan en la piel y en la ropa el humo de ese asado tribal y sin tregua y, si no tienen la suerte de cruzar el Plata, ese olor los delatará como la ausencia de medialunas en las uñas delata al negro blanqueado en el quirófano y el abuso de los argentinismos a las amalias legítimas.

La Química entró como una tromba en el Alí Babá abriendo y cerrando su impermeable como el de un exhibicionista. Estaba a la busca del anís del Mono con que se sobreponía al gusto del tomate y del ambiente denso de varones con que deleitaba sus escapadas de soltero calavera. Se sentó en un rincón, recostándose sobre el tapizado de la silla y, largando un suspiro, miró en lontananza como si estuviera en las barrancas de San Isidro mostrándole un pecho desnudo a Rabindranath Tagore.

—Eres tú alma inmortalmente triste? —dijo alguien.

—No. Por esta llama purísima, cuyo esplendor me ilumina, no. No —contestó La Química.

Por María Moreno

Tal vez a falta de un lugar mejor, María Moreno hizo siempre literatura en el periodismo. Este, en cambio, es el fragmento de una novela que la autora viene escribiendo desde hace más de un año. Como todo lo que es incompleto, puede remitir a lugares que no están, pero alcanza para ver otros.

primera fila. Y yo, cornus, cornupia, cornucopia, si me opongo, caigo en el banquillo de los acusados.

Pero escuchá, sí, bocaza, escuchá, no te adornés con los faroiitos de la trasgresión. Vos que pedagogizás para meter los dedos, vos que elegiste el lado de acá de las niñas cerradas como botellitas de agua mineral, vos que enseñás el verbo Ser, ¿qué sos si no la soplona del Nombre del Padre? Sí, que se expresen, que discutan a viva voz, que se manden a asamblea, todo para espiar sus deseítos y empujarlos hacia vos con tu varita de libertina. Sí, ordenar sus ideítas para prolijamiento policial de sus futuros, administrar, meter en vereda sus chupadas, besuqueos, cogidas, restregadas, mordiscos, lamidas, gemidos, estrujadas, penetradas y mojaduras dirigiéndolos con la batuta de tus pezones erectos.

Al llegar a este punto La Besadora bajó unos párpados pascuales y se sintió una misera muda.

—Pero ¡huay! —continuó La Química— ¡huay! si alguna alarga la mano desesperada del amante incontinente, que aún no encuentra las palabras para decirlo. Pobre del imprudente, del mártir encandilado por alguien (vos) que habla adelante y en lo alto —el púlpito, la tarima, el escritorio— mientras él permanece sentado. ¡Huay!, dije, porque entonces pegarías un respingo de Pilatos y te escudarías en el tabú del incesto, escondiéndote del lado de la Ley, orgullosa puesto que se trata de un renunciamiento que te honra. Respeto al claustro, sí, incluso al bolillero. Miedo a la Institución, sí, y a papá ¡Honrados pederastas y sus versiones hembra!, hacedme caso: ¡Esperad la graduación! ¡La fruta madura es más jugosa!

Había eructado La Química mientras se paseaba militarmente y con la mano sostenida sobre el estómago por el botón abrochado de su chaqueta, como Napoleón.

La Besadora, mientras tanto, espiaba el escritorio donde estaba sentada su amiga y ocultaba sobre la mesa los libros que ella se dedicaba a variar y a plagiar.

—¿Edipo? Desear a La Madre y matar al Padre. Cuándo terminará esta fábula socialdemócrata. Escuchame ¿cuándo terminará? El Padre ¡Qué chasco! El Gran Papá, ese viejo marica empeñado en concurrir a un concurso de acertijos. Porque, ché ¿me seguís? lo que el viejo Sófocles no dice es que Layo es puto.

La Química hacía restallar la palabra como si fuera un beso. —Acordate, un puto que le enseñó el arte de los... ¿cómo se llama? los aurigas, sí, los aurigas, al niñito Crisipo ¡Ah, si lo estoy viendo!: Las manazas sobre las manitas, las ruedas del carro, esas alcahuetas, echando putas y los caballos con el aliento menos caliente que el del Maestro, que tiene las mejillas teñidas con albayalde como una loca de baño público. El rapto. El carro. ¿Será de ahí que a los putos se les dice carrozas?

¡Pobre viejo temblón con el borde de la túnica lleno de salivazos y de papelitos que contienen mensajes innobles! Moraleja. Nada de desear a la Madre y matar al Padre. Lo que la fábula dice es que el pecado original consiste en que El Maestro es puto. Acordate de mayo francés. La educación corrompe a los niños.

La Besadora se había sentado en el borde de su camita luego de excavar con la mano en la colcha para enderezar la línea marcada por el borde de la almohada. Su bigotito rubio brillaba a la luz del quinqué. Luego, ya desvestida, se cubriría hasta el cuello con la sábana. Pronto respiraría acompasadamente, exudando ese olor a leche y sudor agrio de los niños pequeños, moviendo las narinas y alargando su boca zulú hasta hacerla sobrepasar el límite de su nariz.

Pero La Química siguió con la filípica.

—Menos mal, queridos Emilios y Tamborcillos, Alicias y Dominguitos, menos mal que entre la Escuela y la Casa está el Bosque. Menos mal que está el violador, el saltimbanqui, el ladrón de cuerpitos frescos. Besadora, mirame, mirame. Yo soy el lobo sudado y peludo. El que te desvió de tu caminito y la alternativa idiota de llevar leche de la madre a la abuela ¡Oh, pobre caperucita y esa estúpica metáfora de la sucesión familiar que ellos llaman *tu misión*! ¿Te gustaron mis monitos bailarines, mis perros que saben contar y mi pollera dentada con cascabeles? ¿Te gustó mi cama de clavos? Acordate, mi Loreley, yo te enseñé a buscarme entre las tetas aceitadas la pata de un conejo. A ver diamantes en las paredes de la salamanca y a bailar con el sapo cabrón, doblada como una epiléptica. En el bosque lleno de ruidos amenazadores y en la noche llena de aguijones y de jadeos sexuales. ¡Cómo bailabas mi reina, engrillada y con las manos como la niña enamorada de la cacatúa verde!

Y si lo hacías bien, te hacía el amor, trabajándote con mis dedos aunque a lo lejos ya viera las antorchas de los hombres que venían a buscarnos. Yo era el barón Von Trap, era el amante de Tamara de Lempika a quien ella castigó pintando su retrato y dejando sin pintar la mano izquierda. Sí, la del corazón. Yo era Pierrot y era Gabriel D'Annunzio. Era...

La Besadora dormía, su pecho subía y bajaba con el ritmo plácido de los culpables acostumbrados a hacer la vista gorda. La Química se acercó y levantó bruscamente las sábanas, encontrándose con el cuerpo desnudo que tenía los dedos de la mano entrelazados en los pelos del pubis.

Y dejó de recordar.

—Ay, ay ay, Bety Corazón —cantó poniendo el polvillo blanco sobre la tajada de lapizlázuli para peinarlo con una hojita de afeitar. Colocó un dólar en la coquera, pero se abstuvo de mirar el depósito. No era ninguna agarrada del codo. Dos o tres aspiraciones y se lavó con gotas nasales. De todos modos el resfrío falso continuaba. Se cubrió la cara con un chal amaliesco fabricado con piolines viejos. Y, con la maleabilidad del cuerpo lumpen para la ropa regalada entró en el impermeable de Catherine Necrasov. Salió a la calle. Pasos rápidos, noche fría, paciencia, culo y pasión como dijo el poeta. Llegó a la dársena, que a esta hora tenía aspecto de kermesse pobre. Los puestos de metal con persianas de secretaire todavía estaban abiertos. Allí se despachaba a todo tren limonada, algodón en copos y chorizos caseros que la gente asaba sobre unos elásticos de colchón con unos pinches finísimos de caña tacuara que traía el río. Cerca de los puestos unos niños hacían fogatas. Las avivaban con páginas de libros que arrojaban sin mirar, en bollos prolijos.

En uno de los árboles había colgado un espejo y algunas páginas, sujetas con tachuelas. Uno de los niños tiznaba a los que



alimentaban el fuego, imitando las letras, hasta cubrir totalmente los rostros. Tenían la frente despejada por piolines o cordones de zapatos, algunos, también con el culo al aire, estaban descalzos. Pero la mayoría respetaba la moda de ese año: los trozos de neumático atados con sogas a los pies, las sábanas cortadas en forma de poncho y fajadas en la cintura con una tira de la misma tela, los mandalas de aerosol cubriendo el pecho y el cinturón.

Sobre el pasto de la plaza los viejos recibían acostados el humo de los asados y el viento del río. Ellos no se plegaban a las vestimentas livianas de las hordas de niños, muchos conservaban aún el uniforme del Asilo Memorial, aunque hecho jirones.

Dormían, hacían el amor entre ellos o con las niñas que tomaban sol desnudas con flores de jacarandá trenzadas sobre las cabezas o entre los labios inferiores, de acuerdo a un código secreto que desconocían los varones de su edad, pero no los viejos. De vez en cuando una cuadrilla de niños se acercaba a la plaza y dejaba sobre uno de los bancos dos o tres neumáticos cortados en dos y llenos de una bebida dulzona que fabricaban con pétalos de ceibo y vino picado.

La caminata de La Química proyectaba una antigua sombra de emigrado unitario.

El río tenía un olor de esencias artificiales donde era imposible reconocer el lodo que le valiera el nombre de "río color de león". Desde la purificación de las aguas, realizada en 1999 y cuyo fin había sido levantar el sitio que la podredumbre hiciera a la ciudad dejando clausurado el balneario y seca la pérgola que se deslizaba sobre la frente de Luis Viale, se había vuelto plano como un lago y, de no ser por el avance de la zona ecológica con su caterva de animales chillones, podía escucharse a dos pasos de él, el ruido de unos remos o el motor silencioso de un yot.

Quienes han paseado como La Química por esa tierra de mugrienta molicie, seguramente han visto como ella las máscaras de papel de diario que los escaladores de árboles fabrican cada año para el día del niño y suelen colgar de los cordeles tirados de rama a rama para simular durante la noche, con sus ojos agujereados, un cielo artificial. Quienes se han deslizado por estos parajes para huir de los tribunales comunales o de las asociaciones de vecinos, de los ejércitos de jefes de familia, se llevan en la piel y en la ropa el humo de ese asado tribal y sin tregua y, si no tienen la suerte de cruzar el Plata, ese olor los delatará como la ausencia de medialunas en las uñas delata al negro blanqueado en el quirófano y el abuso de los argentinismos a las amalias legítimas.

La Química entró como una tromba en el Alí Babá abriendo y cerrando su impermeable como el de un exhibicionista. Estaba a la busca del anís del Mono con que se sobreponía al gusto del tomate y del ambiente denso de varones con que deleitaba sus escapadas de soltero calavera. Se sentó en un rincón, recostándose sobre el tapizado de la silla y, largando un suspiro, miró en lontananza como si estuviera en las barrancas de San Isidro mostrándole un pecho desnudo a Rabindranath Tagore.

—Eres tú alma inmortalmente triste? —dijo alguien.

—No. Por esta llama purísima, cuyo esplendor me ilumina, no. No —contestó La Química.

FONTANARROSA Y LA PAREJA.









Ediciones de la Flor

JUEGOS

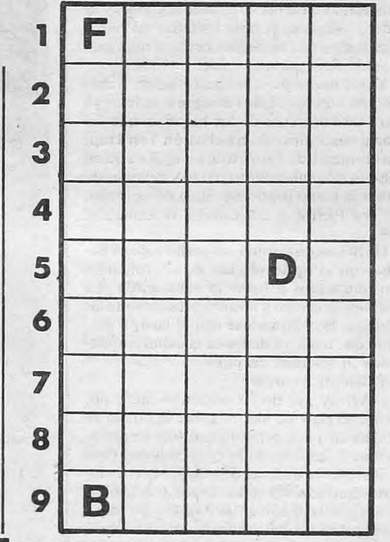
37 "LA SOPA DEL 7"

O	G	N	E	Y	U	I	O	P	Ñ
R	P	L	D	L	A	Q	C	E	N
O	B	E	O	T	U	R	E	O	S
F	A	R	N	Y	E	R	Z	O	O
E	L	I	O	L	R	A	E	C	N
S	C	O	I	C	L	O	O	R	I
T	G	F	R	C	H	L	B	I	A
E	L	A	T	M	L	E	D	M	T
A	O	D	O	A	R	I	E	O	C
D	R	N	R	P	S	D	L	B	V
A	L	D	A	O	A	O	L	Y	E
Z	O	T	C	I	L	E	O	A	N
A	N	A	D	P	O	F	M	I	E

Encuentre los nombres de 7 ADORNOS, que pueden estar en horizontal, vertical o en diagonal, tanto al derecho como al revés.

37 "TRANSFORMACION"

Cada palabra se transforma en la siguiente por cambio de una sola letra. Al final todas las letras de la primer palabra resultan "transformadas". Como ayuda le damos tres letras ya colocadas.



DEFINICIONES

1. Posada.
2. Cubierta.
3. Difunda, propague.
4. Fam. borrachera.
5. Tosca
6. Hace labor de bordados.
7. Sedimento espeso en el café.
8. Palanca de hierro.
9. Lodo, cieno.

37 NUMERO OCULTO

Deduzca en cada caso un número compuesto por cuatro cifras distintas que no puede empezar con 0, a partir de los intentos que aquí aparecen. En la columna B (de bien) indicamos cuántos dígitos tiene este intento en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

				B	R
				4	0
7	0	1	3	1	1
7	9	8	5	0	2
2	6	7	5	1	0
1	2	6	8	1	0

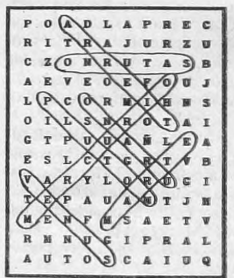
				B	R
				4	0
1	9	0	6	1	0
2	4	3	5	1	0
6	8	0	4	0	1
8	1	2	3	1	0

SOLUCIONES 36

"TRANSFORMACION"

SENDA
SENTA
RENTA
RESTA
CESTA
CASTA
PASTA
PASTO
PASEO

"LA SOPA DEL 7"



"NUMERO OCULTO"

1. 9803
2. 4672